

SERMON

DEL BEATO ALFONSO RODRÍGUEZ.

(DE BORDOY.)

Unumquemque sicut vocavit Deus, ita ambulet.

Ajústese cada uno á la vocacion de Dios.

S. Pablo, 1 á los corint. c. 7. v. 17.

Cuando nos recomienda el Apóstol de las gentes, que proceda cada cual con arreglo á lo que el Señor le diese, significa la esperanza que del acierto debe concebirse, siempre que en la eleccion de estado y en cualquiera resolucion de importancia sigamos las inspiraciones divinas. Nuestra conducta será laudable, cierta nuestra obediencia, eficaz nuestro ejemplo, y bueno en fin todo lo que hagamos, como que se atemperará á la voluntad del que nos crió, nos conserva, y nos gobierna, y no nos desviaremos del camino que nos ha señalado. Así lo practicó sin duda el religioso de la compañía de Jesus, cuya memoria recordamos en este dia, y por eso fué una copia exacta de su padre san Ignacio.

Sí, amados oyentes; no fué otro el principio del conjunto de grandes y portentosas virtudes que admiramos en el beato Alfonso Rodríguez. En él vemos retratadas con toda la viveza de colores la subordinacion á la voluntad del Señor con el total desprendimiento del mundo; la humildad con la severa mortificacion; la pobreza con la mas exacta obediencia; la pureza con el continuo cuidado de sus sentidos; la caridad con el celo eficaz por el bien de sus hermanos; su oracion con el entero abandono en los brazos de Dios; en fin en Alonso se ven cumplidos y desempeñados exactamente todos los deberes de su vocacion á medida de los deseos y corazon de Dios: en una pala-

bra Alfonso Rodríguez da un público y solemne testimonio de lo que puede la gracia de Jesucristo en el hombre, á pesar de su corrupcion, una vez que dócil y libremente se deje llevar de sus dulces impresiones. Oh! y qué bellos son tus pasos, te podré decir, caro Alfonso, que así engrandeces y ensalzas la Religion del Crucificado, y confundes y destruyes á sus enemigos!

De esta manera es, señores, como debemos bendecir la memoria del que, sacrificándose en las aras de la virtud, ofrece al cielo un tierno holocausto de su espíritu y corazon. Le podemos contemplar como á un Abraham, que abandona intrépido la casa de sus padres, para seguir la voz de su Amado, á do quiera que le llame; como á un soldado valiente, que pelea denodado las batallas del Señor, y á cuyo valor se rinden las potestades tenebrosas del abismo; como á un tierno anacoreta, que con el brazo de la penitencia destroza y aniquila las furiosas y violentas pasiones; como á un morador del empíreo, que absorto en la contemplacion de su Dios, se enciende su corazon en vivas y ardientes llamas de caridad; finalmente como á un varon grande y admirable, que cortado á medida del corazon del Señor cumplió con todos los deberes de su vocacion.

Vos, ó gran Dios, que tan visiblemente os empeñasteis en manifestar en Alfonso Rodríguez la omnipotencia de vuestro brazo, destinándole para una de aquellas grandes obras que de tiempo en tiempo hacen la admiracion del universo, y á cuyo corazon os comunicasteis con tanta uncion y ternura, no permitáis que nada diga que no sea digno de vos, y de vuestro siervo querido. Dad eficacia á mis palabras, para mover á mis oyentes á la imitacion de sus virtudes. Y vos, Virgen purísima, que tantas veces fuisteis la consolacion y sosten en sus trabajos, y á quien bañasteis de purísimo gozo su alma angustiada; sed, Señora, en mi ayuda, é interponéd vuestros ruegos, para que inflamado mi corazon, no sea estéril y sin fruto el elogio que voy á formar de vuestro siervo. Hijos de Ignacio, pueblo todo que me escuchas, ayuda mis fuerzas, y pide conmigo á la Señora una parte de la gracia con que la saludó el Arcángel. *Ave Maria.*

El que dócil á las inspiraciones de su vocacion cumple religiosamente los deberes que su estado le impone, es un objeto

digno de la atención del cielo y de los hombres. Los sublimes elogios que á cada paso le tributan las divinas Escrituras; el interés que toma el cielo en su existencia y conservación con prodigios y maravillas; el pleito homenaje que los elementos y animales le prestan; las atenciones respetuosas y honores subidos con que le acatan los monarcas mas poderosos de la tierra; las grandes alabanzas y loores que le dicen los oradores mas elocuentes; la grata memoria que de sus hazañas y virtuosos hechos queda en todos los pueblos; y los monumentos suntuosos y públicos erigidos en las ciudades mas famosas á su carácter benéfico y bondadoso; ved ahí, señores, una larga y no interrumpida serie de esclarecidos testimonios, que evidentemente prueban que el cielo escribe con caracteres de oro sus nombres en el gran libro de la vida, y que los hombres de todos los países y naciones estampan en sus pechos sus gloriosas imágenes. ¡Qué cuadro tan bello y sorprendente el de un monarca poderoso, que al frente de los negocios del estado rige con habilidad y destreza las riendas de la monarquía; el de un íntegro magistrado, que sordo á las voces de la naturaleza y amistad pronuncia sus justos fallos de vida ó de muerte; el de un hábil y esforzado general, que capitaneando sus aguerridas tropas derrota á sus enemigos, y fija con sus manos en el campo de batalla el estandarte de la victoria; el de un sacerdote fiel, que presentándose ante el altar del sacrificio, ofrece al Eterno la víctima pura de reconciliación, y no se aparta de allí sino para ser el apóstol de la caridad, y el evangelizador de la paz; y el de un religioso en fin, que renunciando al mundo y á sus mas halagüeñas esperanzas, se sepulta vivo en los claustros para abrazarse únicamente con la observancia de sus votos y con la abnegación de sí mismo. Ved cuál sea vuestra vocación, os diré con san Pablo; y luego que la conozcáis, permaneced en ella; cumplid todos los deberes que os impone; y venced los obstáculos que se ofrezcan. Así se camina á la inmortalidad y á la gloria de los santos, porque los otros caminos son torcidos, y dan en barrancos y precipicios.

Estas sencillas reflexiones que acabo de hacer, me conducen casi de la mano á presentaros á Alfonso Rodríguez altamente penetrado de estos sublimes sentimientos y de estas verdades fundamentales de la perfección cristiana. Plumas mas bien cortadas que la mía os le presentarán sin duda bajo otros aspectos

mas brillantes y elevados; pero encargado yo de hacer su elogio, este me ha parecido el mas propio y oportuno. Nacido Alfonso en Segovia de honestos y virtuosos padres, desde luego le da el Señor el ósculo de paz, y le prepara fuerte y suavemente para el cumplimiento de sus soberanos designios. Le liga al parecer con las fuertes ataduras de su divina providencia; y le coloca en medio de un círculo de acontecimientos que le conducirán, sin que lo advierta, á los brazos de su Amado. Parece que le llama con su propio nombre, y que le señala para entrar en su dichoso rebaño. No hay duda que oirá su voz, porque es voz de elección y amor, que rinde y avasalla á sus escogidos.

Y si no, ¿qué otra cosa son los pasos que da en el primer período de su vida? En él observaréis una tierra bien preparada, en donde fructificará en abundancia la semilla de la palabra de Dios. La inocencia y devoción se han hermanado en los tiernos años de Alfonso, y estampan en su frente la fisonomía de un ángel. Las bellas y virtuosas instrucciones que oye con placer y atención de la boca de sus padres, infunden en su sencillo corazón el temor santo de Dios, que, según el Espíritu divino (1), es el principio de la cristiana sabiduría y de toda acción virtuosa. Le encienden en el amor de la Virgen; y sus singulares afectos nos recuerdan las infancias gloriosas de los Felipes Neris, Luises Gonzagas y Teresas de Jesus. Mientras que este niño toma en sus tiernas manos sus imágenes, las besa con devoción y las adora con respeto; mientras las esconde en su pecho, y prorrumpe en sollozos y gemidos, cuando se las arrancan; y mientras que, cuando ya mas adelantado, contemplándolas absorto y estático le dice con sencillez: «ó Señora! si vos supieseis cuánto os amo! En verdad que vos no me amáis tanto á mí!» Y luego esta Virgen sin mancha se le deja ver con semblante risueño, y con palabras dulces y amorosas le responde afectuosamente: «te equivocaste, hijo mio; mayor es el amor que yo te profeso, que el que tú me tienes.» Como si le dijera: ¿cómo es posible, Alfonso, que yo no te ame mas á tí, cuando al pié de la cruz tan acerbos dolores me costaste? ¿cuando entre las olas embravecidas de la tribulación, y á presencia de un Dios moribundo, fruto de mis entrañas, me encargué de tu custodia y tutela? Pero yo te perdono la inconsi-

(1) *Eccli. c. 1. v. 16.*

deracion de tus palabras en fuerza del impulso que las ha movido. En ellas descubro un corazon que en el comienzo de su vida ya se abrasa en mi amor. Qué quieres de mí, hijo mio? He bajado á tu lado para darte lecciones de virtud; para asegurarte de mi cariño y voluntad, y para ofrecerte mi poder y valimiento.

Estos rasgos de devocion y ternura característicos de Alfonso Rodríguez hacen entrever el germen de virtudes que se escondía en su espíritu, y que desarrollándose con el tiempo, le elevarian á la clase de aquellos héroes de santidad, que han sido la admiracion del cristianismo. Desde entónces ya no puede ocultarse á la penetracion del atento y piadoso observador, que lo descubre en el amor filial y reverente con que acata á sus padres y los obedece; en la docilidad con que se presenta á la enseñanza que le dan dos jesuitas hospedados en su casa; en la presteza con que se instruye en el catecismo; y en la piedad con que asiste al santo sacrificio de la misa. Lo descubre en la modestia y compostura con que se presenta á las aulas de Alcalá; en la puntualidad con que asiste á las lecciones de sus maestros, y en la atencion con que las escucha. Lo descubre en fin en todas aquellas relaciones á que la sociedad y la Religion nos impelen; y en que se traslucian la amabilidad de su corazon, la belleza de su carácter, la afabilidad de su índole, lo abierto y obsequioso de su trato, la veracidad en sus palabras, la rectitud en sus intenciones, y un amor grande á lo justo y honesto.

Bueno es para el hombre, dice el Espíritu santo (1), el haberse acostumbrado desde su mocedad al yugo de la virtud, porque entónces ménos dificultad experimenta en oír la voz del Señor, y mas fácilmente se sujeta á sus divinas disposiciones. Y ved que al momento podemos considerar á Alfonso, colocado ya en aquel círculo de acontecimientos que, como os insinué, le conducirán insensiblemente á los brazos de su Amado. Alfonso Rodríguez, ocupado en alimentar á su madre viuda y dos hermanas, es un modelo de amor filial; unido á su consorte con dos hijos que educa santamente, es una instruccion viva para los esposos; metido en los tráficos y contratos en su tienda de paños, es una escuela de fidelidad y hombría de bien para los mercaderes. Al parecer la abundancia y longura de dias le ha-

(1) *Thren. c. 3. v. 27.*

bian de cercar á la derecha y siniestra; la plata y el oro habian de correr afanados para entrar en sus arcas; y la bendicion que promete Dios al justo, se habia de fijar sobre su cabeza para derramar en derredor suyo la felicidad y bienandanza. Pero ¡cuán diferentes son los pensamientos de Dios de los que ocupan á hombres! Los designios que tiene formados sobre Alfonso, son designios de amor y benevolencia, de humildad y mortificacion, de retiro y soledad, y de pobreza y abnegacion de sí mismo. La gloria efimera de este siglo, y sus caducos y deleznales bienes no deben ser el patrimonio de este siervo querido: otro linage de riquezas y ganancias le aguardan, que no las perderá jamas. Comienza á labrarse la cadena de su vocacion, y se cumplirán sus designios. Oh! cómo le hiere Dios con la vara de la tribulacion! ¡cómo le hace probar la amarga copa de los pesares é infortunios! A su querida esposa, aquella compañera amable en sus cuidados y afanes, la ve extendida, yerto cadáver, en el lecho de la muerte; ve cortado el hilo de los dias de la que era su solaz y consorte en las vicisitudes de su fortuna. Antes, una hija que tiernamente amaba, es arrebatada de su vista, para ser trasladada en la region de la noche. Á estas terribles muertes habia precedido la de su padre y de un hermano suyo, que fueron otros tantos golpes que casi apuraron su constancia y valor; porque en unas se frustraron las esperanzas de su fortuna y colocacion, y con las otras se menoscabaron en gran manera sus intereses. Á paso lento y sordamente vió disminuirse la opulencia de su casa; y la ganancia en sus paños se convirtió en desfalcos y pérdidas considerables. Parece que el demonio que afligió á Job, iba á ensayar otra vez en Alfonso aquella dolorosa tragedia, cuyo recuerdo lo es solo de calamidades y desventuras. Pero al instante despierta Alfonso, sacude con prontitud la pesadez de sus potencias, y las encamina todas á su Criador. ¡Qué reflexiones no hace entónces sobre la situacion en que se halla! La amargura que le aflige, y la melancolía que le consume, le hacen ver la vanidad de este mundo, la ilusion de su gloria, la inestabilidad de su fortuna y la caducidad de sus bienes. Se representa á Dios como á único bien, fuente y origen de la ventura y felicidad del hombre; y en lo interior de su alma oye su voz dulce é imperiosa, que le dice: ábreme, hijo mio, ábreme las puertas de tu corazon. Y exclama entónces con san Agustin: cortád, Señor, destrozád, cargád cuanto

querais el peso de vuestra mano, que pronto está mi ánimo á sufrir todos los castigos de mis ingratitudes é inobediencias. Oh! qué bueno y hermoso sois, mi dulce Jesus! Abrázoos, bien mio, y á vos me consagro.

Desembarazado ya Alfonso Rodríguez de los objetos sensibles que llamaban su atención, se dedica exclusivamente al servicio de su Amado y á la santificación de su alma. Imagináos, señores, desde luego un nuevo período de la vida de nuestro beato; y una nueva serie de acciones que, aunque ocultas, brillan con todo esplendor á los ojos del Crucificado. Postrado profundamente á los piés del ministro de la reconciliación, le descubre la podre de sus culpas; le abre de par en par los senos de su conciencia; y le suplica rendidamente que quiera levantar sus manos al cielo para que tomando el hisopo de la gracia, bañado con la sangre del Cordero, rocíe su angustiado corazón, borre sus manchas y delitos, y le ayunte con nudos estrechos y duraderos á su Padre y á su Dios. ¡Quién me diera, señores, el poderos introducir en el lugar de su retiro y soledad! Allá le veriais abrazado con un Crucifijo, á quien imprime ósculos de amor, y apretándole á su pecho, clama por el perdón de sus pecados. Baña sus divinos piés con un diluvio de amargas lágrimas, y sus gemidos y suspiros rompen el mismo cielo, que abre sus puertas al divino Jesus, que acompañado de doce santos baja á manifestarle lo gratas que le son estas señales de su sincero arrepentimiento y encendido amor. Allá le veriais, en lo mas silencioso de la noche, entregado á la contemplación de las perfecciones y hermosura de su amado, y á la consideración de los profundos misterios de nuestra redención. ¡Qué objeto tan doloroso y fecundo en lágrimas no era para él Jesucristo en el balcon de Pilátos, en el encuentro con su dolorida Madre, y en el levantamiento de la cruz en el monte Calvario! De tal manera amargan su corazón, que el Señor le hace sentir en su cuerpo los mismos dolores que sentía en el suyo. Las punzantes espinas que taladraron las sienas de Jesus, parece que taladrarán las de Alfonso; los azotes que rasgaron las espaldas del Salvador, parece que rasgan las de Alfonso; y los duros clavos que afijaron las manos y piés á la cruz, parece que traspasan los de Alfonso. Puede decir con san Pablo (1), que lleva impre-

(1) Galat. c. 6. v. 17.

sa en su cuerpo la imágen de Jesus crucificado. Allá le veriais puesto de rodillas ante la imágen de nuestra Señora, que en ademán de mucha devoción y fervor le reza su santísimo rosario, absorto en los misterios que representa; le presta homenaje de sumisión y esclavitud, y la nombra por su madre y valedora. ¡Qué espectáculo entónces, ó ilustre Segovia, ofrece á tu vista la virtuosa conducta de este santo varón, que por do quiera que vaya, deja impresadas en pos de sí las gloriosas huellas de justicia y santidad!

Preparada así la víctima que debe sacrificarse en las aras de la Religión, se le manifiesta ya el Señor con todo el lleno de sus deseos y voluntad. Le convida que ya por último abandone el Egipto de este mundo, y éntre en la tierra de promisión, en donde gustará las dulzuras de la paz. Su espíritu le habla á su corazón, y le dice las mismas palabras, con que en otro tiempo habló á Abrahán (1): sal, hijo mio, de la casa de tus padres, abandona el suelo que te vió nacer, y ven á la tierra que yo te enseñaré y tengo destinada para tu hospedaje y gloriosa mansión. Tierra es, no de espinas y malezas, sino de sabrosas y abundantes cosechas; no de sinsabores y pesares, sino de gozo y satisfacción; no de zozobras y angustias, sino de sosiego y tranquilidad. Tierra es de Ignacio, en que nacen robustos remeros que sostienen la nave de mi Iglesia; valientes soldados que la defienden de los ataques de sus enemigos, y justos esclarecidos que la honran con su virtud y santidad. Este es el término de tu vocación y el complemento de tus destinos.

No ménos veloz y presuroso que corre á la fuente de las aguas el tímido ciervo, herido de las saetas del certero cazador, vuela Alfonso Rodríguez á Valencia para dar cumplimiento á las soberanas disposiciones del Eterno. Pero por poco quedan fallidas sus esperanzas y oscurecido el horizonte de sus alegres deseos. El provincial de jesuitas, examinados con detención y madurez los sólidos motivos de su vocación, pues no el regalo y la holganza, sino el servicio de Dios y la santificación de su alma le impelen á pedir la sotana de Ignacio; conducido de la prudencia que generalmente preside las determinaciones de los padres de la Compañía, demanda á los ancianos su voto y parecer para el mejor acierto en su resolución. Pero, santos cielos!

(1) Gen. c. 12. v. 1.